

Chahuistle, discriminación y venganza

Juan Antonio Isla Estrada

¡Qué días estamos viviendo! Como de pesadilla, como de ciencia ficción, como película de tema catastrofista (que abundan hoy en día y que me dan una flojera más espantosa que las tragedias que describen). Toda una experiencia inédita en la historia del país. El pánico, la incertidumbre, las dudas, los rumores. Y lo más sorprendente: la gente asustada y prevenida como si el virus asesino anduviera volando para meterse por boca y nariz de todos los habitantes de este México nuestro, tan abrumado por razones geopolíticas, tan golpeado por los históricos odios y mentiras que nos mantienen así, postrados, incrédulos, dolidos...y ahora hasta con bozal.

Para acabarla de amolar, como si no fuera suficiente con la inseguridad que vive el país por la batalla del gobierno contra el crimen organizado y los padecimientos de la sociedad ante esa lucha y sus manifestaciones aisladas y acumuladas, nos llegó un virus como maldición. Una expresión muy mexicana describe este momento: “¡Nos cayó el chahuistle!”. Así, como si hubiesen rociado con un polvo maligno el mapa de México, como si hubiesen sembrado un bicho destructor para terminar de desgraciarnos, como si todo nuestro territorio nacional fuese una parcela de maíz plagada de un hongo siniestro y letal.

Las escenas son semejantes a la víspera del Apocalipsis. Todo el mundo con sus tapabocas verdes, las calles vacías, las compras de espanto, el sobresalto de la sobremesa, el miedo, la sospecha, las notas de discriminación hacia nuestros connacionales, el turismo cancelando viajes a nuestro país, la economía colapsada, el peso que no pesa ni pasa, el chahuistle, pues.

El desconcierto incluye a los científicos que no saben como evolucionará el virus A (H1N1) que es tan mutante que hasta su nombre ha venido



variando, a los gobiernos del mundo que extreman precauciones y para empezar sostienen que todo lo que huele a mexicano huele mal. Nos esperaríamos cualquier cosa de algunos países que históricamente nos han agarrado ojeriza, enemistad, antipatía. No nos extraña que el presidente galo, Nicolás Sarkozy, haya pedido cancelar viajes de franceses a nuestro país y cerrar sus fronteras a nuestros compatriotas, pero de Cuba con el que hemos sido tan solidarios (más a partir de su revolución incomprendida y fallida por sempiterna); pero de China que un día antes nos envía un avión repleto de medicamentos, equipos y tapabocas, nunca nos hubiéramos imaginado la reacción al día siguiente: una discriminación ofensiva y nauseabunda.

Las medidas cautelares de los gobiernos del mundo son una respuesta a las presentimientos de la comunidad médica y científica mundial que habían alertado sobre la circunstancia que el planeta enfrentaría la emergencia de una pandemia de gripe H1N1 atípica. Los epidemiólogos sabían que tarde o temprano iba a explotar una pandemia de gripe aviar, pero, de pronto, nos estalla una pandemia de influenza porcina, que ya no se sabe si es de puerco, de perro o de cristiano. Lo único cierto es que el problema sanitario es ineludible y que es preferible exagerar que caer fumigados como moscas.

Otra cosa cierta es que hay una grave ignorancia sobre el tema. La desinformación es lo único que es verdad en este panorama confuso. Si los expertos se muestran prudentes, los gobiernos optan por las providencias excesivas. Lo que sí es insultante es la actitud del gobierno chino que mantiene aislados a mexicanos sanos por el hecho de portar un pasaporte de nuestro país. El trato ha sido de absoluto maltrato, de incomunicación y ultraje. Ni al embajador de México en aquella nación le han permitido acercarse al hotelillo de mala muerte donde se encuentran confinados nuestros paisanos sólo por el hecho de ser mexicanos.

Pero pensándolo bien, de los chinos podemos esperar la discriminación más terrible. Todo el mundo sabe que segregan a los obesos, a los enfermos de sida, a los tullidos y casi hasta a los chimuelos. Está documentado que el régimen chino y sus políticas de salud excluyen a



ciertos enfermos, no sólo no les atienden, sino los vejan hasta la inanición y la muerte.

Pensándolo mejor, es posible que en este caso, sin proponérselo, los chinos estén pagándonos con la misma moneda. Baste recordar el maltrato que los mexicanos dimos en el pasado a los inmigrantes orientales. Existe una investigación de Jorge Gómez Izquierdo (“El movimiento antichino en México (1871-1934)” publicada por el INAH en 1991 que documenta ampliamente la discriminación y fobia hacia los chinos.

El estudio revela detalles y acontecimientos que le dieron forma al prejuicio racial antichino en el México de las últimas tres décadas del siglo XIX y de las tres primeras del siglo XX. Inicialmente con la llegada de los chinos al norte (Sinaloa y Sonora) en donde participaron en la construcción del ferrocarril y como jornaleros en las minas y luego con fuertes influencias en el sureste (Chiapas y Yucatán). El odio a los chinos es un caso histórico de manipulación de los prejuicios raciales y en el caso del México revolucionario destacan las matanzas ordenadas por Francisco Villa y la carnicería del 15 de mayo de 1911 en Torreón en donde murieron 303 chinos cuando ingresaron a esa ciudad las tropas comandadas por Emilio, hermano de Francisco I. Madero, y entraron al Banco Chino donde los dueños, pensando que se trataba de un robo, sacaron sus armas para defenderse. Todos los habitantes de la colonia china murieron...por oponerse al saqueo y, de paso, por ser amarillos.

No nos extrañe pues que los mexicanos hoy sean objeto de una segregación estúpida (con forma de medida sanitaria) en el país asiático. Los prejuicios, la intolerancia y especialmente la ignorancia (sin descartar la venganza) son las causas de estas formas modernas de discriminación racial y xenofobia. Lo único que nos faltaba era que los mexicanos fuéramos tratados en el mundo como apestados. Lo único que nos faltaba era que nos cayera el ‘chahuistle’.

Los desafíos de un día después de resolver la calamidad (sobredimensionada o real) serán salir de la crisis y recuperar nuestra dignidad y nuestro prestigio.

